

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII

DIARIO DE LA NOCHE

NUM. 8038

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que reclame, salvo caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS. 4

Sábado 18 de Agosto de 1888

ECOS DE MADRID.

17 de Agosto de 1888.

Nunca han justificado los sucesos como en la época actual la célebre frase del general O'Donnell: "España es un presidio suelto."

Desde el 1.º de Julio no ganamos para susos, las emociones terroríficas nos invaden como los microbios de las enfermedades epidémicas, y no ya la acción popular sino la individual en virtud de la propia defensa va á ser preciso que ejerciten los que no puedan trasladarse á Marruecos á discutir de la civilización y de la calma relativas que allí se disfrutaban.

Jamás se han desencadenado con más vigor que ahora contra los ricos los afiebrados á enriquecerse con los bienes ajenos y bien puede asegurarse que el que posee algunos miles de duros está en estudio y por lo tanto, condenado á perder su fortuna y con ella la vida.

Valencia no ha querido ser menos que Madrid. Aquí una Luciana pagaba muriendo asesinada y abusada, la injusticia, según los caballeros de industria de poseer unos cuantos millones. En la ciudad de las flores y de los frutos el Sr. López ha pagado muriendo cosido á puñaladas el privilegio de poseer alhajas de valor y numérico.

Cuéntase que los que todo lo esperan de los golpes de mano, poseen listas de las personas ricas, con notas detalladas de los valores que constituyen su capital, del paraje en donde lo guardan, y de las operaciones que ejecutan, hasta el punto de que á veces más y mejor saben estos investigadores que los dueños de las riquezas, la cifra del capital de que son propietarios.

De modo que no es posible vivir; los pobres porque se mueren de hambre y los ricos porque si oponen resistencia á entregar sus caudales, cosa muy natural, acaban como la viuda de la calle de Fuencarral ó el militar retirado, vecino del teatro Apolo de Valencia.

Las mujeres chicas desempeñan en estos casos papeles importantes. Ellas son las que bajo el hospitalario techo que las abriga y al mismo tiempo que comen el pan de sus amos á cambio de los servicios domésticos, se enteran de todo lo que pasa en el seno de las familias, comunican sus datos preciosos y precisos á los que han de sacar las de penas y de polvos, y en caso necesario abren las puertas y prestan eficaz ayuda á los perpetradores de los crímenes.

Y no vale tratarlas bien, hasta las que mejores sentimientos tienen, caen en las redes que arteralmente les tienden. Hay peñales en los que cargan de sustento, en los que dan su alma al diablo si el diablo se ocupase ya en la compra de almas. La necesidad, la codicia y el miedo les lleva á prestar esos auxilios criminales.

Todos esos trabajos están admirablemente organizados y se van cuentan en las Cárculas y en los presidios es donde se estudian los proyectos más atroces, donde se fraguan los planes más audaces, porque los directores de esas sociedades saben más

que la curia y más que los gobiernos y aventajan en imaginación á los más estupendos novelistas.

De manera, que va á ser preciso para vivir con relativa tranquilidad renunciar á toda aspiración de fortuna, ó aprender al mismo tiempo que adquirir un capital, el modo de apoderarse de otro cuando el alcanzado pase á manos del que vaya siguiendo su pista. Porque no vale rodearse de agentes vigorosos y probos de la autoridad. Está demostrado que estos seres tienen pasiones, y puede muy bien ocurrir que por seguir á una morena de rumbo ó dejarse deslumbrar por unos ojos de lugo sacrifiquen los intereses que están llamados á defender.

Recientemente un guardia municipal disparó un revólver contra una antigua amada y después se tiró gravemente.

Otros dos guardias en los momentos en que se disponían á prestar el servicio que les está encomendado, tuvieron con más calor de que la temperatura nos ha dado estos días relativamente frescos. Uno abaleó á otro y este otro arremetió á su camarada con una cuchilla de zapatero y le dejó mal parado.

Si esto hacen los guardianes ¿qué se puede esperar de los simples mortales?

Lo que me admira más y supongo que admirará á los lectores, es la calma con que todo el mundo asiste á este desbordamiento de la maldad humana.

Ni siquiera pensamos nuestra barba á rasar, lo cual por otra parte no es extraño cuando hasta el b rbero del Alcalde de Madrid ha estado á punto de decapitarse.

Vivimos, pues, de milagro, á pesar de lo cual no faltan impacientes que se suicidan.

Y todavía hay por esas plazas de Dios personas que proyectan formar partido!

Aquí no hay más que un partido que tomar: el de hacer testamento, tener en regla los asuntos, decirse al amanecer—vamos á ver si es hoy el último día de acostarse sano y salvo por la noche y exclamar:—De buena me he escapado.

Julio Nombela.

Variedades.

LA VENGANZA DE UN MUERTO.

—¡Pablo!...

—¡Eduardo!...

Estas dos exclamaciones fueron lanzadas casi al mismo tiempo, abrazándose instantáneamente los que las habían pronunciado.

Era á la puerta de uno de los cafés más célebres de la corte, y uno de los desconocidos el que respondía al nombre de Pablo salía del establecimiento, mientras que el otro, Eduardo, parece que esperaba algo en la puerta, donde permanecía, unas veces recostado en la pared, otras paseando, sin duda para desahogar en parte el frío que le invadía, pues el suceso que referimos tuvo lugar en una cruda noche de Diciembre, en la cual el termómetro marcaba próximamente cero.

La presencia y el aspecto de los dos amigos, pues de antiguo lo eran, se diferenciaban extraordinariamente.

Ambos eran jóvenes, representaban hallarse entre los treinta y los treinta y cinco años;

pero Pablo aparentaba robustez y vida, iba elegante, y en su porte y en sus detalles todos, se comprendía que era feliz, y que se hallaba en una posición desahogada.

Eduardo, por el contrario, en su faz, ojoriza y palidez, su levita raída y sucia, en su falta de abrigo, en su presencia toda, revelaba ser uno de esos tipos á quienes la desgracia y el vicio han lanzado en el abismo de la más espantosa y degradante miseria.

Abrazáronse, no obstante, como antes hemos dicho, y se estrecharon cordialmente las manos; y como Pablo comprendiera que Eduardo necesitaba decirle, ó más bien pedirle alguna cosa, y como hacia largo tiempo que no sabían uno de otro, entraron ambos en el café, y allí, en un sitio apropiado entre aquella atmósfera caldeada y agradable, y haciendo honor á una opipara cena que Pablo hizo servir á Eduardo, se refirieron su vida y aventuras desde el momento que se habían separado; y que, descartando todas las observaciones y preguntas que ambos hicieron, pueden relatarse en las siguientes palabras:

Ambos eran, mejor dicho, habían sido militares. Juntos habían hecho la guerra del Norte, y allí se estableció entre ellos esa franca amistad que tan fácilmente se establece en la vida del campamento, aun entre personas de distinto carácter, como en este caso ocurría; porque Pablo era serio, reflexivo, pundo noroso, nada trivial; en tanto que Eduardo era fastuoso, pendenciero, bastante vanidoso y muy dado á todos los placeres.

Al acabarse la guerra cada cual tomó distintos rumbos y caminos. Pablo, que era ingeniero, abandonó por entonces la carrera de las armas y se dedicó á emplear sus conocimientos en empresas particulares, ya propias, ya ajenas, en las cuales hizo en pocos años una regular fortuna, que decidió disfrutar tranquilamente, casándose con una mujer á quien amaba y de la que se creía amado.

Eduardo continuó en el ejército, pero su mala conducta, no contrastada con el ejemplo y la compañía de Pablo, siguió en aumento, viéndose al fin expulsado del cuerpo á que pertenecía y llevando luego una vida de miseria y oprobio, mezclado siempre en conspiraciones de taberna y en otras empresas de peor especie.

Todo esto se refirieron mutuamente ambos amigos en su conferencia, que duró hasta hora muy avanzada de la noche; y cuando terminó de hablar Eduardo, que fué el último, Pablo le dijo:

—Siento mucho todas tus desgracias, por más que la mayor parte de ellas sean originadas por tu conducta; pero todo puede remedarse y si tu me das palabra de sentar la cabeza y trabajar, yo puedo sacarte de esa lamentable situación.

—Haré cuanto quieras—dijo con afán Eduardo.—mañana y obedeceré seré tu esclavo.

—No hace falta tanto—replicó Pablo. Basta con que seas hombre formal. Toma—añadió sacando su cartera y dando Eduardo los billetes de cien pesetas cada uno.—vístete con decencia y ve á comer mañana conmigo. Vivo en tal parte.

Y con esto se despidieron.

Al día siguiente todo pasó como lo había dispuesto. Eduardo fué á casa de Pablo. Este le presentó á su mujer, le sentó á su mesa, y al fin de la comida participó que, desde aquel mismo día, quedaba empleado en una empresa de ferrocarriles con un sueldo de diez mil reales y esperanzas de pronto ascenso, pues Pablo tenía influencia en la compañía por ser ingeniero de la línea.

Con esto, las relaciones de los antiguos

amigos se estrecharon de nuevo. Eduardo comía en casa de Pablo dos veces por semana, y la frecuentaba casi diariamente.

Todos estaban satisfechos y el leal amigo creyó que podía regocijarse de haber hecho una buena obra, consiguiendo la regeneración de su antiguo camarada; pero bien pronto pudo convenirse de lo contrario, cuando se apercebó de que admitiendo á Eduardo en su casa, había albergado en su seno la serpiente.

Su mujer y su amigo, las dos personas á quien él tanto amaba, le engañaban miserablemente.

Quiso resistirse á creerlo; pero la evidencia fué brutal, como son siempre los hechos.

Sufrió entonces una horrible venganza; acabar de un modo trágico con los dos infames; pero una amarga sonrisa cruzó por sus labios y desechó la idea... quizás para adoptar otra más terrible.

Nada dijo; no dejó conocer su pesadumbre. Salió de su casa, estuvo bastante tiempo fuera, y cuando volvió se encerró en su habitación sin ver á nadie.

Al cabo de pocos instantes, Eduardo y la mujer de Pablo, que aguardaban á éste para sentarse á la mesa, oyeron una detonación.

Corrieron al cuarto de Pablo, y ya era tarde; había rodado de la silla al suelo, y aún empuñaba en su mano la pistola homicida; pero era cadáver.

Sobre la mesa había dejado una carta que se leyó en presencia del juzgado. Decía así:

«Amada esposa mía: Querido Eduardo, no os aflijáis por mi muerte. A asuntos desgraciados en que yo no soy, me obligan á tomar esta resolución. Vosotros sois las dos únicas personas que amo en el mundo; si me queréis algo, dadme la única dicha que podéis darme. Unidos en matrimonio, sois digno el uno del otro, y no dudó que seréis felices. Si así lo haréis, el día de vuestro matrimonio os entregará el notario mi disposición testamentaria por la cual os instituyo mis herederos; si no, sólo dejo á mi esposa lo bastante para su sostenimiento durante un año.

Vuestro de lo lo corazón.—Pablo.»

Los culpables se quedaron atónitos ante tal carta. Creían encontrarse acusados y se encontraban bendecidos; si hubieran tenido algún sentimiento de dignidad, las frases cariñosas del difunto le hubieran parecido más horribles que las más terribles acusaciones. No fué así.

Pero cosa extraña. Desde que se encontraban libres parece que se amaban menos. Ahora que no tenían á Pablo que impidiese su criminal pasión, parecían que veían su sombra por todas partes. Sin embargo, como ya á más del amor les quitó el interés, no dudaron un punto en llevar á cabo su matrimonio.

Y no aguardaron á que pasara el año. A los trescientos y un día, plazo que la ley determina para que la viuda pueda casarse, se casaron los antiguos amantes.

Apenas habían llegado á su casa de vuelta de la iglesia, y antes de sentarse á la mesa llegó el notario.

No hicieron en seguida, en presencia de los convidados, para que la escena fuese más solemne. Todos tenían curiosidad por conocer el testamento pero á los recién casados les latía el corazón con extrema violencia.

Por fin, el depositario de la fé pública abrió el enorme sobre cerrado y sellado con lacre negro. Antes de leer el testamento leyó una carta que decía así:

«Mi muy amada esposa: Mi querido Eduardo.